

SIR STEVE STEVENSON

Agatha Mystery

LA ESPADA DEL REY DE ESCOCIA



Agatha Mistery, aspirante a detective con un olfato extraordinario, rueda por el mundo con el chapucero de su primo Larry, su fiel mayordomo y el gato Watson para resolver los misterios más intrincados.

LA ESPADA DEL REY DE ESCOCIA: En el castillo de Dunnottar se conserva la espada del legendario rey de Escocia Robert Bruce, una preciosa reliquia que va a exponerse en público por primera vez. Pero durante la inauguración los presentes se duermen misteriosamente, y cuando despiertan la espada ha desaparecido. Entre antiguas leyendas y fantasmas molestos, los primos Mistery están decididos a resolver el caso...

Participantes

Agatha

Doce años, aspirante a escritora de novela negra; tiene una memoria formidable.

Larry



Chapucero estudiante de la prestigiosa escuela para detectives Eye.

Mr. Kent



Ex boxeador y mayordomo con un impecable estilo británico.

Watson



Pestilente gato siberiano con el olfato de un perro conejero.

Abuelo Godfrey



El constructor de globos más famoso de toda Escocia.

Destino: Escocia. Aberdeen



Objetivo

Descubrir quién ha robado la espada del legendario rey de Escocia Robert Bruce, desaparecida misteriosamente del castillo de Dunnottar.

Dedicado a todos los escritores
de novela negra que se han atrevido con un
«misterio de la habitación cerrada»

Doy las gracias a Alberto Dal Lago, Alessandro Gatti y
Davide Morosinotto por su apoyo y por los consejos
prácticos, y a la redacción de Dreamfarm por su pa-
ciencia y su confianza.

Prólogo. Empieza la investigación

A un londinense noctámbulo como Larry Mystery, el aire de Escocia le producía un efecto saludable. Después de cenar, a las nueve de la noche, se había adormilado ante el crepitante fuego de la sala de estar. Antes de rendirse al sueño, protegido con una manta que lo cubría por completo, había estado escuchando la cháchara de su abuelo Godfrey y su prima Agatha, que se contaban historias de aventuras en países lejanos. Después, alguien, delicadamente, lo había llevado en brazos a su habitación.

Larry abrió los ojos a las siete de la mañana, en medio de un silencio irreal. Por un momento no supo dónde se encontraba, pero luego vio el paisaje de color esmeralda y los recuerdos se amontonaron en su cabeza: la casa de campo del abuelo Godfrey, las afueras de Edimburgo, la tradicional semana de globo de la familia Mystery. ¡No había tiempo que perder!

A las doce tenía que embarcarse con su prima Agatha en el globo aerostático del abuelo Godfrey para hacer una excursión por las Tierras Altas de Escocia, pero antes tenía que resolver un asunto espinoso.

—¡Ostras! ¡Menuda lata, los amigos de la infancia! —resopló Larry.

Larry Mystery emergió como un submarinista de debajo de cinco capas de mantas y se desperezó. Se puso unas zapatillas y se dirigió al baño. Cuando ya tenía en las manos el bote de laca para esculpirse el tupé a conciencia, se detuvo de golpe.

—No merece la pena que siga la moda de Londres —se dijo con una sonrisa burlona—. ¡Si voy sin arreglarme a ver a Aileen, a lo mejor dejará de darme la lata con correos electrónicos llenos de corazoncitos!

Aileen Ferguson tenía catorce años, la misma edad que Larry, y sus padres la habían matriculado en una prestigiosa escuela de Edimburgo. Estaba pasando unos días de vacaciones en el pueblecito escocés de Bowden, donde vivía el abuelo de Larry, y había insistido en citarse con su viejo amigo. «Pues el sábado por la mañana —había accedido el joven detective—. Para desayunar, porque tengo que irme temprano.»

Larry revolvió el armario hasta que encontró un grueso jersey de lana de las islas Shetland. También se puso unos pantalones de fustán muy rígidos y unas botas de agua verdes. Se contempló en el espejo, muy satisfecho.

—Peor gusto, imposible —dijo con tono malicioso—. ¡Seguro que a partir de hoy Aileen no querrá verme nunca más!

Larry había conocido a Aileen unos cuantos años atrás, durante un verano que pasaba con su abuelo. En Bowden todos la llamaban «Dorothy», porque siempre vestía un pequeño delantal azul, calzaba zapatitos rojos y tenía unas coletas sueltas, como la protagonista de *El mago de Oz*.

—Son las ocho —calculó el chico—. Si todo sale bien, ¡hacia las diez seré ya un hombre libre!

Dejó una nota en la pizarra de la entrada, fue al garaje y cogió una bicicleta. Unos minutos después recorría como un rayo el verde campo escocés por caminos serpenteantes. Enseguida llegó a Bowden, una simple hilera de casas de estilo georgiano y vivos colores. A aquella hora de la mañana había muy poca gente por la calle, y el pub en el que había quedado con Aileen también parecía desierto.

Larry entró con ademanes chulescos y se acercó a la barra.

El camarero se cubría con un gorro de cocinero y llevaba un trapo sobre el hombro.

—¿El señor Mystery? —preguntó sin volverse hacia él.

El chico se quedó de piedra.

—Ah, sí, soy yo —vaciló—. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Su mesa es la número 6, allí, en aquel rincón —contestó el hombre sin dejar de trocear fruta.

Larry observó el ambiente elegante y se preguntó por qué Aileen había reservado mesa precisamente allí. ¿Acaso lo había hecho con el propósito de crear una atmósfera romántica?

Soltó un suspiro y se sentó, dispuesto a esperar.

El camarero acudió a encender la vela que había en el centro del mantel de encaje y se alejó sin decir ni una palabra.

Larry soltó otro suspiro, este más largo.

Inmediatamente después se abrió la puerta y una esbelta joven se dirigió con decisión hacia él. Tenía pelo corto de color castaño claro, ojos verdes, rostro angelical y llevaba un moderno vestido azul. En resumen: ¡era tan bonita que tumbaba de espaldas a cualquiera!

—Hola, Larry —lo saludó Aileen con una sonrisa perfecta—. Perdona que llegue un poco tarde.

El joven detective no pudo evitar ponerse colorado.

—¡Ah, oh, hola, Dorothy! —fue lo único que consiguió balbucir, víctima del desconcierto—. Quiero decir, hola, Aileen.

Ella se sentó a la mesa.

—Tienes un aspecto magnífico —dijo mientras consultaba el menú—. Pareces un escocés de los de antes: ¡práctico y sin andarse con florituras!

Tras echar un vistazo a su propia imagen, reflejada en el cristal de la ventana, el chico se moría de vergüenza. ¡Qué estúpido había sido! La niña que había conocido se había transformado en una jovencita increíble. ¿Cómo podía arreglarlo? Decidió que la única manera de impresionar a Ai-

leen era enseñarle el artefacto de alta tecnología de su escuela para detectives. Normalmente, todos se quedaban boquiabiertos cuando lo veían y le preguntaban cómo lo había conseguido. Quizá podría dejar caer, así, como quien no quiere la cosa, que quería ser un gran investigador...

—Este cacharro de titanio se llama EyeNet —dijo Larry con cierto retintín dejándolo bien visible sobre la mesa—. ¡Es un dispositivo especial, un teléfono móvil de última generación! —Dicho esto, se preparó para responder a mil preguntas, pero Aileen se limitó a dirigir al artefacto una ojeada distraída y cambió inmediatamente de tema.

—¿Has probado alguna vez el *haggis* vegetariano? —le preguntó al tiempo que le lanzaba una mirada magnética.

Larry balbució algunas palabras. Por fortuna para él, el EyeNet emitió en aquel momento un agudo gorgorito. Se apresuró a cogerlo y miró su pantalla luminosa. Era un mensaje de la Eye International, su escuela.

¡Una misión muy urgente!

El chico se sobresaltó. «¿Una investigación precisamente hoy? —pensó—. Tengo que volver inmediatamente junto a Agatha, solo ella me puede ayudar.» Miró a Aileen: cómo le gustaría quedarse un rato más con ella... ¡Era tan guapa!

Pero, por desgracia, el deber le llamaba. Larry se levantó soltando un gran suspiro y masculló:

—Vaya, perdóname, Dorothy, pero me tengo que ir, un asunto urgente... ¡Te llamaré en cuanto lo haya resuelto! —Le dirigió una última mirada de pena y escapó del pub como un ladronzuelo.

Ella lo contempló mientras montaba en la bicicleta, soltó un largo suspiro y, para consolarse, pidió una macedonia con nata y chocolate a la taza.

—¡Jamás te debes enamorar de un tipo tan estrambótico como Larry Mystery! —le confesó al taciturno camarero.

1. Cambio de planes

El aspirante a detective Larry Mistery era un buen ejemplo de los singulares individuos que poblaban el árbol genealógico de la familia. Desde hacía bastantes generaciones, los Mistery se dedicaban a los oficios más extravagantes: restauradores de gnomos de jardín, científicos de partículas subatómicas, exploradores de los confines del mundo, catadores de trufas en restaurantes de lujo, expertos en mariposas prehistóricas, vigilantes de islas perdidas, etcétera.

¡No había dos Mistery iguales!

Durante la tarde anterior, mientras Larry roncaba acurrucado bajo la manta, Agatha y el abuelo Godfrey se habían muerto de risa recordando las curiosas ocupaciones de sus parientes.

—Tú eres la primera escritora de novela negra de nuestra familia, querida nieta —había comentado afablemente el abuelo Godfrey, justo antes de levantarse de la butaca para alimentar el fuego con un buen tronco. En la sala reinaba un agradable olor a madera de castaño, y sobre los muebles resplandecían luces fluctuantes.

Agatha se había acariciado su naricita respingona, como hacía siempre que se ponía a pensar.

—No soy más que una principiante, abuelo —había admitido con modestia—. Por el momento me divierto recogiendo hechos curiosos, describiendo personajes interesantes y desarrollando tramas originales. —Había abierto su inseparable libreta con tapas de cuero y le había enseñado las páginas repletas de notas—. Si te parece bien, mañana

me contarás todos los secretos que sabes de los globos — le había propuesto.

El abuelo Godfrey había alisado su blanca y espesa barba blanca y había encendido la pipa. Era un viejecito avisado y de cuerpo enjuto que vestía un traje tradicional de *tweed* verde y pajarita en vez de corbata. Aunque era londinense de nacimiento, tenía todo el aspecto de un acomodado habitante de la zona.

De joven, Godfrey Mistery había hecho fortuna como constructor de globos en una famosa empresa de Edimburgo, y siempre que podía volvía a la tranquilidad de su casa de campo de Bowden. En el sector de los globos aerostáticos se le consideraba una eminencia: sus prototipos se vendían en medio mundo.

—Volvamos a la excursión. ¿Qué itinerario habéis acordado Larry y tú? —había preguntado el abuelo Godfrey después de dar varias chupadas a la pipa.

Agatha había echado una ojeada a su primo dormido y después había sacado de su bolso un mapa de las Tierras Altas, las famosas colinas del norte de Escocia. Las etapas del trayecto estaban señaladas con círculos rojos.

—Este año, nada de castillos en ruinas —había refunfunado mientras le entregaba el mapa a su abuelo—. ¡Larry dice que son un aburrimiento total!

—¿Preferís ir a cazar el monstruo del lago Ness? —le había preguntado irónicamente el abuelo Godfrey.

La chica había alzado los ojos al cielo.

—Ese es el objetivo que propuso Larry —había revelado—. Pero finalmente lo he convencido para que visitemos los dólmenes y los megalitos más famosos. Me gustaría estudiar el alfabeto de las runas para utilizarlo en mis relatos.

—Muy buena iniciativa —había convenido Godfrey Mistery al tiempo que se ponía las gafas para examinar el recorrido. Estaba a punto de añadir algo más cuando un gigantesco hombretón entró en la sala, proyectando una larga sombra sobre la pared.

Era mister Kent, el mayordomo y sirviente de Agatha. Pese a sus dimensiones de antiguo peso pesado, tenía un comportamiento impecable y vestía un esmoquin hecho a medida.

—Disculpen que los moleste —había dicho con tono neutro—. Miss Agatha, tenemos un pequeño problema...

—¿Qué problema, mister Kent? —había preguntado la chica.

—Estaba ordenando la cocina cuando me he dado cuenta de que Watson ha desaparecido.

—El sistema de alarma no se ha disparado —había intervenido calmamente el abuelo Godfrey entre anillos de humo—. Sea cual sea el lugar donde se haya ocultado, aún está en casa.

—Echemos un vistazo, si os parece bien —había propuesto Agatha.

Habían iniciado la inspección por las habitaciones de la planta baja, llamando al blanquísimo gato siberiano de Agatha.

—¿Watson? —había susurrado la muchacha mientras avanzaba cautelosamente por los oscuros pasillos—. ¿Dónde estás, gatito?

Después de diez minutos de búsquedas inútiles, se habían reunido en la sala y, mirándose, se habían preguntado dónde podía estar.

—¿Alguien ha mirado en la despensa? —había dicho el mayordomo.

—A lo mejor se ha asustado y ha buscado refugio en el segundo piso —había aventurado el abuelo—. Esas habitaciones están llenas de muebles viejos que ofrecen muchísimos escondites.

Agatha, perpleja, había negado con la cabeza.

—Watson no es glotón, y tampoco miedoso —había murmurado—. Si no me falla la memoria, los felinos siempre buscan un rincón cálido y resguardado cuando llegan a un nuevo lugar.

Había echado una rápida ojeada a la chimenea de la sala, se había apartado el flequillo rubio de la frente y había aguzado el oído.

—¿Oís ese ruido?

—¿Qué ruido, miss Agatha? —había preguntado mister Kent.

—¿Te refieres a Larry, que ronca como una olla a presión? —había dicho entre risas su abuelo.

La muchacha se había acercado a su primo y había levantado suavemente una punta de la manta que lo tapaba hasta el cuello.

Escondido allí debajo, Watson se lamía una pata mientras ronroneaba ruidosamente.

—¿Qué haces aquí, gatito? —había susurrado Agatha—. ¡Si Larry se despierta, empezará a gritar como un loco!

A su primo le daban mucho miedo los gatos. Para evitar que se desencadenase el fin del mundo, tenían que sacar inmediatamente a Watson de allí, sin que Larry se diese cuenta.

Agatha le había dicho a mister Kent que procediese con mucho cuidado.

—¿Preparado? —había preguntado.

Habían actuado al mismo tiempo: mister Kent había levantado a Larry con sus poderosos brazos y Agatha había cogido al gato, que estaba a punto de sacar las uñas. Luego, el mayordomo se había apresurado a llevar al chico a su dormitorio y lo había metido debajo de las mantas.

El abuelo Godfrey había asistido a la operación en absoluto silencio.

—Muy buen trabajo —había dicho finalmente—. ¡Y qué perspicacia has demostrado!

Ella había sonreído.

—Si quiero ser escritora, tengo que entrenar el espíritu de observación en todo momento —le había confiado tímidamente a su abuelo.

Este se había acariciado la barba con una expresión de admiración. Entre sus parientes corría la voz de que Agatha tenía unas actitudes extraordinarias para su edad: era una ávida lectora, recordaba las informaciones más insignificantes y tenía intuiciones formidables. Aquella tarde, él también había presenciado una demostración de las habilidades investigadoras de su nieta.

—Mañana nos espera un largo viaje, más vale que vayamos a descansar —había añadido su abuelo, satisfecho, mientras esparcía las brasas de la chimenea—. Desayunaremos a las ocho y media, ¿de acuerdo?

Agatha había asentido y lo había abrazado con ternura. Un momento después ya estaba acostada. Había mullido la almohada de plumas y había enterrado la nariz en una guía de Escocia que había cogido de la biblioteca de sus padres en Londres.

A la mañana del día siguiente, cuando se despertó, Agatha aún tenía el libro abierto en sus manos.

Corrió a la cocina, donde la esperaban una jarra de té caliente y unas olorosas tortitas de arándanos.

Larry no estaba allí.

—¡Mister Kent! —gritó Agatha, asomando la cabeza al pasillo—. ¿Puedes ir a despertar a ese gandul?

Oyó que golpeaban en la ventana y fue a abrir los postigos. El mayordomo llevaba en las manos una bombona de gas para el globo y sudaba a chorros.

—Si busca al señorito Larry..., ha dejado escrito que iba al pueblo, que había quedado —dijo.

—¿Qué había quedado? —replicó ella—. ¿Con quién?

—No se lo puedo decir, miss Agatha —se excusó él.

La muchacha estaba desconcertada. ¿Larry, tan madrugador? ¡Increíble! Solo esperaba que volviese a tiempo para la excursión.

Seguida a poca distancia por Watson, Agatha se vistió en un periquete y fue a buscar a los otros al campo de vuelo, que era un amplio prado situado detrás de la casa y ro-